

lizmente al puerto, sin la luz y direccion segura que la meditacion nos proporciona?

Pondera que tampoco hay cosa mas facil, que esta clase de oracion; porque no hay quien pueda estorbártela: pues si no puedes leer, si no sabes hablar; sabes gemir, sabes enviar una tierna mirada al Señor; y el Señor sabrá al momento contestarte. ¡O qué dificultades se nos presentan en la tierra, para conseguir la audiencia de los poderosos! ¡Qué desdén, qué desprecios! Es necesario espiar la oportunidad, y esperar el instante favorable: pero nada de esto hay con Dios. A la hora que quieras lo llamas; y te responde. Con la menor señal de tu corazon le significas tu deseo y aflicciones; y con el mayor agrado te escucha y te consuela. En vista de esto respóndeme, ¿qué razon alegráremos para no tener oracion?

Procura, por tanto, sacudir tu negligencia, para aprovecharte de un medio que tienes en tus manos, para lograr cuanto quieras. Pide, toca, llama; y con esta sola diligencia te asegura Jesucristo: que se te abri-

rán las puertas de la misericordia, estará Dios pronto á tu socorro, y concederá un despacho favorable á tu ruego.

MEDITACION XLIV.

LECTURA SANTA.

PUNTO 1.

Considera, que si es indispensable al cristiano el egercicio de la oracion, le es tambien muy provechosa la lectura de buenos libros. En la oracion hablamos con Dios, elevando hasta su trono nuestras súplicas, para la salud de nuestras almas; y en la oracion habla Dios con nosotros, dirigiéndonos sus avisos, para que podamos conseguirla.

Ponderar, que la ceguedad del entendimiento, y la perversa inclinacion de la voluntad, son la desgraciada herencia que nos dejó la culpa de nuestro primer padre; pero otro Padre caritativo, en la leccion de piadosos libros nos ofrece el remedio de

ambas enfermedades. Leyéndolos, conocemos los caminos de la justicia, y las sendas de la iniquidad: notamos y nos admiramos la belleza de la virtud, y la fealdad del vicio: y manifestando al mismo tiempo á la voluntad el verdadero bien que por la una le espera, y el sumo mal que por el otro le amenaza, la docilita y la inclina á lo bueno, y ella se resiste con esfuerzo á practicar lo malo.

Saca de aquí, el ocuparte en la lectura de libros santos, y emplear con fruto en ellos el tiempo, que pudieras gastar leyendo novelas, romances, y otros mil libros dañosos, que no sirven mas que de robarnos la inocencia, corromper el corazon, alucinar el entendimiento, y hacernos casi imposible la curacion.

PUNTO 2.

Considera, que siendo continuada y atenta la lectura, imprime necesariamente en el ánimo las mejores ideas, haciéndonos conocer los inescrutables juicios de Dios para temerlos; los caminos de su providencia pa-

ra adorarlos; y los inmensos bienes que nos prepara su mano bienhechora para agradecerlos.

Ponderar lo primero, que debes mirar los buenos libros como unos de los auxilios mas eficaces y poderosos. Y si á ellos han debido muchísimos pecadores su conversion, y por ellos conserva el justo su fortaleza y fervor, ¿por qué no producirán en tí los mismos efectos? Ponderar lo segundo, la inquietud y gozo con que debes tomar en tus manos semejantes libros. ¿Quién no se alegra al ver cartas de su pátria, de sus conocidos, ó de sus padres? Pues sábet, que los libros santos, cartas son que te dejaron escritas grandes amigos tuyos, y en ellas te manifiestan el deseo que tienen de tu salud: y letras son tambien, en que tu Padre Dios te da los consejos y avisos mas importantes para tu felicidad.

Saca de esto, el leer de aquí adelante estas cartas con la reflexion y cuidado que merecen. Procura sacar de su lectura el fruto que desean los mismos que te las di-

rigen: agrádeceles su afecto; y agradece al Señor este fácil medio que pone en tus manos para tu bien.

MEDITACION XLV.

CONFIANZA EN DIOS.

PUNTO 1.

Considera, que todos somos hechura de las manos de Dios: de él recibimos cuanto somos. Su Magestad, como infinitamente bueno, nos dió el ser que tenemos, con solo el fin de comunicársenos, y hacernos participantes de su bondad: luego si esencialmente dependemos de Dios, es muy justo, muy necesario, y muy conforme tambien á su voluntad, confiar enteramente en él, pedirselo todo á él, y esperar recibir de su liberalidad cuanto necesitemos, y sea conducente á nuestro bien y felicidad.

Ponderar, que con esta confianza damos á Dios la mayor gloria, y el honor mas grande que es capaz de dar una criatura;

porque siendo indispensable suponer en el que patrocina y ayuda, un gran poder, y una buena voluntad; esperándolo todo de Dios, confesamos ciertísimamente los inmensos tesoros que forman su riqueza, con la que puede socorrernos; su poder infinito, con que nos auxilia; y su inefable caridad con que atenderá á nuestra miseria. ¡Bendito sea Dios que tanto tiene; y dichosa la criatura que tanto de su Dios espera!

Sacarás de aquí, el levantar sin demora tu corazon al Señor, luego que te aflija algun trabajo. El es tu Padre, y Dios de todo consuelo, y para prestarte auxilio, no te pide mas que una verdadera confianza.

PUNTO 2.

Considerar, que si es glorioso á Dios que confiemos en él, tambien es esto muy debido, atendida nuestra miseria: porque, ¿qué cosa mas puesta en razon, que el que ocurra el necesitado al rico, y espere el miserable en el misericordioso?

Ponderar lo primero, la seguridad con que toda criatura, sea cual fuere su clase

y sus circunstancias, debé poner en el Señor su confianza, al ver que un Padre, cuya providencia cuida no solamente de sus hijos, sino aun de sus mismos enemigos, llueve, como dice la sagrada Escritura, sobre los justos y sobre los injustos; y hace que nazca el sol sobre buenos y malos.

Ponderar lo segundo, que la experiencia de lo pasado nos da confianza para lo venidero. Trae á tu memoria todos los siglos que desde la creacion del mundo han corrido, y ellos te dirán cual fué el cuidado de Dios en socorrer á sus criaturas; y te mandarán igualmente que confies y esperes los mismos socorros para lo futuro.

Saca de aquí, el entregarte á su providencia con la seguridad con que un hijo descansá en los brazos de su padre. Dios tiene prometido no dejar frustrada nuestra esperanza: pues no te desconsueles aun en los mayores peligros, y dí con el Santo David: si Dios me protege, ¿qué tengo yo que temer? No olvides que el Señor es fiel en sus palabras, y sabrá cumplirlas.

MEDITACION XLVI.

TODOS DEBEMOS TRABAJAR.

PUNTO I.

Considera, que como el ave nació para volar, así, dice el Santo Job, para trabajar nació el hombre. Aun en el estado de la inocencia teníamos ésta obligacion; y Adán fué colocado por el Señor en el paraíso, para que trabajara en él y lo cultivara.

Ponderar, que sea que te consideres como hombre, ó como cristiano, siempre te sigue esta obligacion; porque constituido en sociedad, debes desempeñar el trabajo anexo á tu cargo, á tu empleo, á tu arte y oficio: y aun cuando seas un particular, sin relacion alguna con el cuerpo político, deberás atender al cuidado de tu familia, y al servicio de tus domésticos; y todo esto pide ocupacion y trabajo. Mas si te consideras como cristiano, podrás desconocer cuan necesario te es trabajar para cumplir las obligaciones de la religion; para ayudar á tus prójimos en las obras que manda la ca-

ridad; y, finalmente, en proverte tú mismo de todo lo necesario para vencer tus pasiones y salvarte?

Saca de aquí, el condenar la ociosidad como tan opuesta á todo bien, pues dice S. Juan Crisóstomo: que con solo no hacer, se hace mal. Dice bien, pues sin ocupacion alguna necesariamente has de faltar á tus prójimos, á tí, y á Dios.

PUNTO 2.

Considera, que la ligacion al trabajo es una penitencia verdaderamente obligatoria, como que es castigo que impuso Dios por el pecado que cometió Adán, á quien se le dijo: la tierra te será maldita, te producirá espinas, y solo te dará un pobre pan, trabajándola con esfuerzo, y regándola con el sudor de tu frente.

Ponderar que, prescindiendo de otros motivos, los innumerables y gravísimos males originados de la ociosidad, son razon mas que suficiente para condenarla. *La ociosidad*, dice el sagrado libro del Eclesiástico, *enseña mucha malicia*; y por eso nos acon-

seja, que no aborrezcamos las acciones laboriosas. Tambien en los Proverbios se llama *muy necio el que se entrega al ocio*; y el Profeta Ezequiel afirma: que una de las cosas que constituyó tan inicuos á los sodomitas, fué su ociosidad. ¿Quieres que te diga mas claramente el Espíritu Santo lo aborrecible que es este vicio?

Infiere de esto la humildad y resignacion con que debes desempeñar el trabajo propio de tu estado. ¿Pecaste? Pues, ¿por qué quieres escusarlo? Acéptalo como pena que el Señor te impone por tus culpas, y así lograrás satisfacer por ellas, y santificarte.

MEDITACION XLVII.

CUAN POCO CONOCIDO ES JESUCRISTO.

PUNTO 1.

Considera, que sin embargo de ser cristianos, y de estar Jesucristo con nosotros real y verdaderamente presente en la Eu-

caristia, de muchos puede decirse, lo que S. Juan dijo á los judíos: *en medio de vosotros está; y no le conocéis.*

Ponderar, que desde luego que se conoce ó se advierte presente á un soberano de la tierra, se le rinden los honores, y se le tributan los obsequios y veneracion debidos á su magestad; siendo estos actos la incontestable prueba de que se le reconoce como á tal Señor. Reflexionando, segun esto, sobre tu conducta, dime: ¿son tus acciones como de quien conoce bien á Jesucristo? ¿Tu fe, tu amor, tu adoracion y compostura en el templo, dan á entender que conoces, y confiesas presente á este gran Rey de cielos y tierra? ¡Ah, quanto temo, que reprendiendo el Señor nuestra frialdad, nos pregunte, como preguntó en otro tiempo por boca de Malaquías: Si soy vuestro Dios, ¿dónde está el temor; y si soy vuestro Padre, dónde el honor que me debéis?

Sacarás de estas consideraciones el sacudir esa especie de insensatez en que muchas veces estamos, sin conocer que Jesu-

cristo se halla en medio de nosotros, ni confesar, como debiéramos, su presencia, tributándole agradecimiento como á nuestro bienhechor, y adorándole en espíritu y verdad como á nuestro Dios. Empéñate, pues, en probar de aquí adelante su presencia con tu amor y tus servicios.

PUNTO 2.

Considera, que innumerables veces Jesucristo, aun estando espuesto á la adoracion pública, queda solo en los templos, sin una alma que le acompañe. ¿Es esto conocer á Jesucristo? Si tuviéramos una cristiana idea de su altísimo y divino ser, ¿nos portaríamos de esta manera?

Ponderar, cuán sensible le será á Jesucristo este olvido que sufre entre sus mismos Hijos: porque, ó conocemos quien es, y los beneficios que nos hace, ó no: si no lo conocemos, es una ignorancia muy grosera, cuando es tan patente su amor; y si lo conocemos, y lo miramos no obstante con esta indiferencia y desatencion, es la mas lamentable ingratitud, ó llamémosle

con mas verdad el mayor atrevimiento contra un Dios de tanta Magestad, y contra un amoroso Padre que dia y noche está presente por atendernos y consolarnos. ¡Ay, amable Salvador mio, sin duda no te conozco; y si te conozco, ¿cómo no desfallezco de amor?

Saca por fruto de esto, el acostumbrarte á visitar á Jesucristo con cuanta frecuencia puedas; y si tus obligaciones no te lo permiten, desde el retiro de tu casa envíale un afecto, una mirada, y algunas tiernas espresiones. Este es el modo de tenerlo presente; y con esta práctica tan fácil lo tendrás siempre favorable.

MEDITACION XLVIII.

MALA CONCIENCIA.

PUNTO 1.

Considera, qué espectáculo tan terrible presenta el mar alborotado, cuando de su mismo seno vemos levantarse espumosas olas,

que sucediéndose unas á otras, y chocándose con estruendo, turban sus aguas, sin esperanza de calma ni sosiego. Esta es la imágen que mejor representa el lamentable estado de la mala conciencia. Cuando nos hallamos en pecado, nacen de nuestro interior terribles remordimientos, que como espantosas olas combaten nuestro espíritu, y nos privan de paz y serenidad.

Ponderar, que no hay cosa mas cruel que estos justos reclamos. La conciencia es un fiel testigo, y testigo intolerable, que sin cesar nos representa el mal que hemos hecho. En la ciudad ó en el campo; en el baile ó en el templo; en las tertulias ó en el retiro de nuestras casas; en todas partes sentimos estas aldabadas y tristes recuerdos de nuestro corazon. A todas partes nos sigue este acusador, dice S. Juan Crisóstomo; porque reside y vive dentro de nosotros. No podemos desmentirlo, porque su testimonio es veraz; ni apartarlo de nosotros, porque nadie puede huir de sí mismo. Es en vano que busquemos un retiro escondido como Adán en el paraíso; ó que

andemos errantes como Cain; ó que queramos hacernos ruido con los placeres del mundo; no hay cosa que acalle la reprension de nuestra conciencia. ¿Y podrás concebir testigo más insufrible?

Sacarás de aquí entregarte, sin pérdida de tiempo, á las lágrimas y al dolor, pues esto es lo unico que podrá traer despues de la tempestad la bonanza; porque si tu conciencia te atormentaba porque fué testigo de tu iniquidad; ahora será la primera que te consuele, siendo testigo de tu penitencia.

PUNTO 2.

Considera, que si la mala conciencia es un testigo destinado por Dios para estar, en todos los momentos de la vida, acusando y atormentando al pecador, concibe, si acaso te es posible, cuán amargo será su reclamo á la hora de la muerte!

Ponderar lo primero, la claridad con que entonces traerá, como de un golpe, á la memoria cuantos crimines, ingraticudes, y delitos se han cometido contra Dios y con-

tra los hombres. No hay pecador que, en ese estado, deje de experimentar la congoja, angustia y crueles reclamos que sentía el Rey Antioco, y que no repita como él: Ahora me acuerdo de los males que hice, y me hallo rodeado de amargura. Ponderar lo segundo, que á mas de ser un testigo molesto y perpetuo, es tambien, en esa hora postrera, un juez íntegro é inexorable, que se levanta contra nosotros, y, aun antes de pronunciar Dios su sentencia, ella, sin disimular el menor defecto, acusa, clama, pide y condena.

De esto inferirás, que no hay verdugo más inflexible para el pecador que su propia conciencia. Por mas alegría que aparenten en la carrera de sus iniquidades, sábete, que es tan intolerable su tormento interior, que te dice S. Ambrosio, que debes huirlo y temerlo mas que la muerte.

MEDITACION XLIX.

PELIGROS DE LA SALVACION.

PUNTO 1.

Considerar que interesándonos, con toda preferencia, la salvacion de nuestra alma, nos interesa del mismo modo el conocer los peligros y dificultades que tiene este negocio: ya para precaver los unos con la vigilancia; y ya para superar ó allanar las otras con la diligencia.

Ponderar, que debiendo ser este mundo el pais de la alegría, seguridad é inocencia; se ha convertido, por el pecado, en un valle de lágrimas, donde no se encuentran mas que lazos y redes, que amenazan nuestra ruina. Cada paso es un tropiezo, cada momento un peligro, y no hay parte donde no corra riesgo la virtud y la inocencia. Como la caridad se ha enfriado, y el corazón se ha corrompido, el mismo trato de gentes nos presenta mil ocasiones de perdersnos. Murmuracion continua, crítica mordáz, doctrinas erróneas, máximas liber-

tinias, usos inmodestos, peligrosa curiosidad, y, en todo finalmente, lujo, vanidad y desorden. ¿Y habrá quien no conozca los innumerables peligros que se ofrecen en el negocio de nuestra salvacion?

Saca de aquí, aprovecharte de estos conocimientos, á fin de que camines con la mayor cautela. El que anda entre espinas, examina primero donde ha de sentar el pie, para no lastimarse. Obra siempre con temor, como encarga el Apóstol; porque esto es lo único que te dará seguridad.

PUNTO 2.

Considerar, que si son tantos y tan formidables los peligros que se encuentran en el mundo, son ciertamente mas temibles y frecuentes, los que nos ofrece el demonio y nuestra propia carne.

Ponderar, que el demonio siempre está en vela; y así á todas horas nos rodea, como dijo S. Pedro, esperando cogernos por algun lado. Unas veces con mil falacias y engaños, nos promete en el vicio placeres sólidos que no hay; y otras nos exagera y

abulta horrores y amarguras insuperables en la virtud: y lo principal es, que se pone de acuerdo con nuestra carne flaca y enferma, y con ella nos hace una guerra intestina é inevitable: porque, ¿quién podrá huir de los ataques de su viciado corazón? Por eso donde quiera que estemos, llevamos con nosotros á nuestro mayor contrario, que con imaginaciones torpes, ideas impuras, y deseos desordenados, incesantemente nos pone en peligro de condenarnos.

Sacarás de esto, que no hay otro remedio, que el que el mismo Apóstol S. Pedro nos aconseja, y es, no descuidarnos, sino estar siempre alerta; ya huyendo de las ocasiones, y ya valiéndonos de la oracion humilde y mortificacion, para quitar así el vigor á nuestra concupiscencia, y facilitar la salvacion de nuestra alma.

MEDITACION L.

LA HORA DE LA MUERTE ES INCIERTA.

PUNTO 1.

Considera, que entre las cualidades de la muerte, ninguna debemos tener mas presente que su incertidumbre; porque ninguna tampoco nos es tan útil como esta, para dirigirnos en el asunto mas importante que tenemos, que es el de nuestra salud eterna.

Pondera, que cuando se trata de afianzar nuestros haberes, inmediatamente nos acordamos de esta incertidumbre. No sabemos, dice todo hombre, no sabemos cuando será nuestra muerte: estiéndanse por tanto escrituras, fórmense testimonios, sáquense apuntes, y ni un solo dia se deje pasar sin estos requisitos; porque puede ser, añaden, que muramos hoy: y así, cuando menos, con algunas firmas provisionales aseguran sus bienes y sus fortunas. ¡Y para la salvacion de nuestra alma, que es el negocio de los negocios, hemos de permitir